ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

TRADUCCIÓN LIBRE

INCIDENTE CONYUGAL

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

TRADUCCION LIBRE.

TRADUCCIÓN LIBRE

INCIDENTE CONYUGAL

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

EUSEBIO SIERRA

Estrenado en el Teatro LARA de Madrid, el 21 de Enero de 1886.

MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
AMELIA	Doña Balbina Valverde.
ENRIQUE	Don Pedro R. de Arana.

Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramatica, perteneciente a D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Elegante gabinete de señora.—Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA.

(Al levantarse el telón se oyen en un reloj las diez. Se p sea muy agitada.) Las diez! Me matan la impaciencia y el coraje. No, si es sabido, cuando Enrique vuelve á Madrid, siempre llega el tren con retraso; cierto que también se suele retrasar cuando él no viene; pero, entónces, qué me importa á mí? Dios mío! Me he casado yo para esto? Si hubiera sabido antes lo que es un hombre de negocios! .. Los negocios! Para la tonta que crea en ellos. Ah, si es muy cómodo el proceder de estos maridos! Dígalo lo que me sucede á mí. Cuando más contenta me hallo, es cuando llega mi señor esposo con una cartita entre los dedos, porque, eso sí, para dar color al cuadro, la cartita no falta nunca, y me dice sonriente: Hija mía, lo siento mucho,—el sentimiento siempre por delante,—pero tengo que marchar esta noche á Valencia, ó á Santander, ó á la China. Pues, qué ocurre? Le pregunto muy alarmada; porque yo soy tan tonta que me

alarmo todavía. Nada, replica él en tono dulzón, un negocio que reclama mi presencia; pero no te apures, añade, pasado mañana estaré de vuelta. Y yo, siguiendo sus consejos, no me apuro, y le preparo la maleta y le pongo ron, en vez de ponerle solimán, en el frasquito de viaje, y hasta le abrazo y lloro cuando sale de casa. Y luego, llega pasado mañana, y otro día y otro, y el marido no vuelve, y la mujer, que recibe cartas como esta, rabia y se desespera sola en su casa, sin tener más desahogo que romper un mueble ó despedir un criado. Y después llegará hoy, si llega, y cuando yo le pregunte, airada y terrible: Pero, hombre de Dios, por qué has tardado tantos días? Como si lo viera, me contestará, siempre con la sonrisita en los lábios: Qué quieres, hija? Los negocios!... Y esta respuesta puede satisfacer á una esposa? Qué negocios ni qué zarandajas? Pues, qué mejor negocio para un marido que tener contenta á su mujer?... Las diez y cuarto! Y que si quieres!... Estoy sofocada... Creo que me va á repetir el ataque. (Pasea. Se entreabre la puerta del foro y asoma una maletilla. Amelia la pega un puntapié.) Ah! Ya está aquí.

ESCENA II.

AMELIA.—ENRIQUE.

ENR. (Entrando.) Que es frágil, hija mía.
AMEL. Más frágil es el dueño.
ENR. Tal vez; pero menos quebradizo.
AMEL. Y lo mismo hubiera hecho con él.
ENR. Con razón tomé yo precauciones para entrar; porque, después de todo, vale más que pegues á la maleta que á mí.
AMEL. Sí? Pues mira. (La pega.)
ENR. Mujer, que es nueva.
AMEL. Ah! Es nueva?
ENR. Flamante: la compré hace una semana.

AMEL. Pues me alegro muchísimo: con eso sentirás más estos golpes.

ENR. Ya lo creo; como que repercuten aquí.

AMEL. En tu corazón?

ENR. No, hija, en mi bolsillo, que es casi igual.

AMEL. Dejemos esto.

ENR. Bien, deja eso; no me opongo.

AMEL. Y contesta: por qué has tardado tantos días en volver?

ENR. Porque no he podido menos: los negocios no se arreglan cómo y cuando se quiere.

AMEL. Los negocios! No lo dije? Ya pareció aquello!

ENR. Cuál? Qué es lo que ha parecido?

AMEL. Y cree usted que puede pasar una semana separado de mí sin prevenirme?

ENR. Dispensa; pero...

AMEL. Cree usted que se ha casado solamente para tener esposa los días que le agrade?

ENR. No, mujer, no...

AMEL. Cree usted?...

ENR. Respira.

AMEL. No me hace falta. Cree usted que yo no sirvo más que para ver á mi marido cuando tiene reuma?

ENR. No le he tenido nunca.

AMEL. Pero le puede usted tener.

ENR. Eso sí es verdad...

AMEL. Cree usted?...

ENR. No, no creo nada.

AMEL. Ah! No cree usted nada?

ENR. Nada!

AMEL. Entónces es usted un hereje.

ENR. Qué tiene que ver?...

AMEL. Sí; lo es usted, y usted querrá...

ENR. No, no quiero nada.

AMEL. Sí, usted querrá que yo me muera.

ENR. Qué desatino!

AMEL. Sí, tiene usted razón: sería un desatino que yo me muriese... por eso estoy decidida á resistir, y viviré.

ENR. Sea por muchos años.

AMEL. Lo ve usted? Si está usted confundido: me res-

pende con cuchufletas, porque ni siquiera se atreve á defenderse.

ENR. Pero, alma de Dios, me has dejado tú hablar?

AMEL. Ah! Conque es eso? Conque no le he dejado hablar? Pues bien; hable usted, hable usted.

ENR. Gracias á Dios! Pero mira, ante todo te diré que te permito que me tutees.

AMEL. Hable usted en serio.

ENR. Vaya en serio. No te he escrito desde Santander?

AMEL. Sí.

ENR. Pues ya estabas prevenida...

AMEL. Me has escrito una carta muy tranquilizadora.

ENR. Ves? Tú misma lo confiesas.

AMEL. Que lo confieso? Espera un instante. (Mútis.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

Pero señor, que siempre, por fas ó por nefas, me ha de tener preparado el mismo recibimiento mi entrañable esposa! Vaya usted á adivinar qué pretexto para incomodarse habrá encontrado en una carta de cuatro líneas; porque estoy seguro que no sabe una palabra de... Quiá! Quién se lo ha de haber dicho?

ESCENA IV.

AMELIA.—ENRIQUE.

AMEL. Aquí está el cuerpo del delito! Me estaba volviendo loca buscándole, y le tenía en el bolsillo.

ENR. Bueno; pues veamos.

AMEL. Espera, voy á leer yo.

ENR. Como gustes: es igual.

AMEL. (Leyendo.) Mi querida Titina...

ENR. Titina?

AMEL. Mi querida Titina!

ENR. (Dios mío!) No entiendo...

AMEL. Busque usted un embuste.

ENR. Yo? Por qué? (Caracoles!)

AMEL. Usted me querrá decir acaso que Titina es un diminutivo de Amelia?

ENR. No, mujer, no; cómo he de querer decir semejante disparate?

AMEL. Entónces...

ENR. Lo que digo es que indudablemente lees mal.

AMEL. Ojalá: lo celebraría por su honor de usted.

ENR. Muchas gracias. (Cómo salgo de esta?) Pero, he escrito yo esa carta?

AMEL. Mírala tú mismo, y niega tu letra si te atreves.

ENR. (Cogiendo la carta.) A ver. (Yo mismo me he vendido.) Sí, aquí dice Titina...

AMEL. Y yo me llamo Amelia.

ENR. Ya lo sé... Querida Titina...

AMEL. Y yo me llamo Amelia.

ENR. No te digo lo contrario... (Estoy sudando á mares.) Querida Titina. .

AMEL. Y yo me llamo...

ENR. Amelia, sí. Déjame acabar, si quieres. (Leyendo.) «*Je vous aime et j'irai á trois heures cinquante á Ontaneda.*»

AMEL. A Ontaneda!

ENR. Sí, á Ontaneda, el pueblo de las aguas sulfurosas tan recomendado para una porción de enfermedades... Por cierto que á tí te sentarían muy bien...

AMEL. Bueno, sigue leyendo...

ENR. En seguida... Pero estoy seguro de que te sentarían muy bien (No sé lo que me digo.) porque las afecciones...

AMEL. Quiere usted continuar la lectura?

ENR. Con mil amores... (Creo que me voy á desmayar.) Querida Titina...

AMEL. Y yo me llamo...

ENR. Amelia, Amelia, Amelia: «*j'irai á trois heures cinquante cette nuit á Ontaneda vous offrir mont cœur. Ne ma'tends pas, couche toi..* Enrique.»

AMEL. Firma Enrique.

ENR. Pues Enrique he leido.

AMEL Y usted se llama...

ENR. Amelia, digo, no, Enrique. Pero, escucha, tú no sabes una palabra de francés; quién te ha traducido esta carta?

AMEL. Nadie: yo solita la he entendido perfectamente.

ENR. (Qué rayo de esperanza!) Quieres traducirla de nuevo, delante de mí?

AMEL. No hay inconveniente; oye, y muérete de vergüenza. (Lee como se escribe.) *Ma chere Titina...* Esto lo has leido tú mismo en castellano: mi querida Titina...

ENR. Y tú te llamas Amelia, adelante.

AMEL. (Leyendo.) *Je vous aime*: os amo; esto no puede estar más claro.

ENR. Luego hablaremos. (Cuando yo sepa si lo has leido tú sola.)

AMEL. *Et j'irai...* bien, esto no lo entiendo.

ENR. (Hola!)

AMEL. *Trois heures, cinquante*; pero junto con esto otro, quiere decir que estarás con ella tres horas y cincuenta...

ENR. Sí, y cincuenta céntimos.

AMEL. Y cincuenta minutos.

ENR. También iba á ser precisi[illegible]

AMEL. Bueno, ó durante cincuen[illegible]as.

ENR. Ya ves que no he estado fuera más que seis. (Me he salvado.) Pero sigue, sigue.

AMEL. *Vous offrir...* Vos sufrir; es decir, uste[illegible] sufre... *mon cœeur...* mi corte.

ENR. Cómo lee[illegible]rancés. Ni que hubieras nacido en París!

AMEL. No importa; el caso es entenderlo. *Ne m'attends...* no me atiendas... *pas...* al paso... *couche-toi...* de tu coche... Más claro: cuando vaya en coche y me veas, hazte la disimulada... Cómo! Te ríes?

ENR. No he de reirme? Hija mía, los celos traducen muy mal.

AMEL. Pues hazlo tú mejor.

ENR. Con muchísimo gusto. Venga esa carta. (Lee.)

Ma chere Titina...

AMEL. Mi querida Titina...

ENR. Cerca le andas; pero no es eso precisamente. *Ma chere Titina...* Mi querido Titina...

AMEL. Mi querido? Pues qué, Titina es hombre?

ENR. Ya lo creo. Titina! Titina y Compañía! La primera casa de banca de Burdeos Me la has oido nombrar mil veces.

AMEL. Yo?

ENR. Sí, tú; y además, á Titina le has visto en casa; no te acuerdas? Aquel francés que nos visitó el año pasado: bajito, grueso, con los ojos canos y los bigotes azules... digo, no, al revés, con los bigotes azules y los ojos canos... no tampoco... en fin, como fuera, el caso es que le viste.

AMEL. No hago memoria... Pero dí, dí, cómo tú también leías antes querida?

ENR. Porque te conozco, y me propuse martirizarte un poquito para hacerte pagar la desconfianza.

AMEL. Hum! .. Pero traduce, traduce.

ENR. Inmediatamente. Mi querido Titina: *je vous aime.* . os advierto... *et j'irai...* he girado... *á trois heures...* á tres horas, es decir, á las tres... *cinquante...* cincuenta... *cette nuit...* mil francos... *á Ontaneda...* sobre Ontaneda... *Vous offrir...* Os ofrezco... *mon cœur...* gran ganancia... *Ne m'attends pas...* No me lo agradezcas... *couche-toi...* siempre tuyo... Enrique.

AMEL. No te creo: ahí no dice lo que tú has leido.

ENR. (Qué ha de decir?) Pues, hija, puedes enviar la carta á la interpretación de lenguas del ministerio de Estado y que te desengañen.

AMEL. Bueno; pero espera, aun suponiendo que sea verdad todo eso, cómo se explica que esta carta haya llegado á mi poder?

ENR. Eso lo comprende cualquiera, una equivocación de sobres es la cosa más fácil del mundo. (Gracias á Dios que no tengo que mentir!) Figúrate que acababa yo de escribir esas cartas, cuando veo entrar á Clementina por la puerta de mi cuarto.

AMEL. Cómo! A qué Clementina?

ENR. (Me vendí otra vez!) Qué! He nombrado yo á Clementina?

AMEL. Te atreverás á negarlo? Has dicho que cuando acababas de escribir las cartas entró Clementina...

ENR. Ah! Sí, sí; perdona: me apuras de un modo que se me va el santo al cielo... Sí, es verdad, entró en mi cuarto Clementina, la criada del hotel.

AMEL. Qué casualidad! Y se llama Clementina?

ENR. Precisamente.

AMEL. No suelen tener nombres tan bonitos las criadas.

ENR. Tienes razón; pero, es que, cuando bautizaron á ésta, no pensaban sus padres dedicarla á servir.

AMEL. Y qué coincidencia! Clementina!... Titina...

ENR. Sí, sí; hoy todo acaba en ina.

AMEL. No, va á acabar en otra cosa peor.

ENR. Amelia! (Lo eché todo á perder.)

AMEL. Si yo no me supiera contener!

ENR. Pero sabes, verdad? Pues que no se te olvide.

AMEL. He sufrido ya el ataque de nervios.

ENR. Menos mal: eso tenemos adelantado.

AMEL. Pero temo que me repita.

ENR. Será debilidad... Has almorzado?

AMEL. No.

ENR. Mal hecho.

AMEL. Es que sabía que si me encontrabas almorzando te había de tirar un plato á la cabeza.

ENR. No, pues entónces has hecho perfectamente en no almorzar, y te agradezco la previsión.

AMEL. Aun no es tarde, espera.

ENR. No puedo, hija mía, he pasado la noche en el tren y voy á descansar un rato.

AMEL. Dónde?

ENR. En la cama: dónde ha de ser?

AMEL. En mi gabinete, no.

ENR. Vaya! No seas tonta, y desecha esos celillos. Dudar de mí, de mí, la virtud misma hecha hombre! Vaya, venga un abrazo y hagamos las paces, querida Clementina.

AMEL. Todavía?

ENR. Digo, no, no; Amelia, Amelia, eso es, Amelia. Me has hecho pronunciar tantas veces ese mal-

dito nombre, que no es raro que me confunda.

AMEL. Quita, quita, no quiero ni verte.

ENR. Pero Cle... digo, Amelia. (Vase corriendo.) Estoy dejado de la mano de Dios!

ESCENA V.

AMELIA.

Y se ha ido! Y me deja así! Dios santo!... No, la verdad es que si fuera culpable, no se atrevería á ir á dormirse con esa tranquilidad. Cierto que sus explicaciones son oscuras; pero, no tendré yo la culpa por interrogarle con demasiado imperio? Nada, nada, haremos las paces, y le esperaré para almorzar. Entre tanto desocuparé su maleta... Ea! (La abre.) Su levita de vestir... Y dirán que las mujeres somos curiosas! Con más facilidad que podía yo registrar ahora esta levita!... Pero no, no, eso nunca... Aquí está el bolsillo interior, en el que Enrique lleva generalmente los papelotes... Pues nada, á buen seguro que no caigo en la tentación... Y cuidado que no tenía más que alargar la mano... Así... (La mete en el bolsillo.) y... Dios mio! Qué es esto? (Se cae un papel que ella no ve.) Ah!... Unos guantes... Y qué bien huelen! No, pues Enrique no acostumbra á gastar perfumes... Vírgen santa! Tienen doce botones... son guantes de mujer!... Ya no es posible dudar... Qué mayor prueba de su infidelidad que estos guantes? Ah! Se hace precisa una explicación inmediata... (Llamando á la puerta del cuarto.) Caballero! Caballero!... Conque viene á dormir en casa de su mujer, después de pasar días y noches en constante orgía? Caballero! Enrique!

ESCENA VI.

AMELIA.—ENRIQUE.

ENR. Pero mujer, quieres hacerme el favor de dejarme descansar?

AMEL. No; por ventura me dejas tú á mí?

ENR. Pero, qué quieres?

AMEL. Espera, que creo que me va á repetir el ataque.

ENR. Y para eso me llamas?

AMEL. Ay! Estoy muy nerviosa, muy nerviosa... necesito desahogarme. (Pasea.)

ENR. Necesitas desahogarte? Caracoles! Pues aguarda un poquito. (Se esconde tras un sillón.)

AMEL. Yo necesito romper algo.

ENR. Lo sospechaba. Pues hija, como no rompas un espejo, y eso...

AMEL. Dame un vaso, un plato...

ENR. De dónde quieres que yo lo saque?

AMEL. Dios mío, qué desgraciada soy, ni siquiera un plato me quieren dar!

ENR. Esta tarde te compraré una docena.

AMEL. Un plato! Un plato!

ENR. No hay por donde pasar... (Llamando.) Margarita, un plato sopero. (Desde que se escondió Enrique, Amelia no habrá cesado de pasear ni él de huirla, dando vueltas al rededor del sillón.)

AMEL. (Deteniéndose.) Venga usted acá, haga usted el favor de venir acá.

ENR. Bueno; pero ha de permitirme usted que tome precauciones. (Se acerca con un paraguas abierto.)

AMEL. Qué hace usted?

ENR. Abrir el paraguas: lo que toda persona razonable cuando sabe que va á descargar un nublado.

AMEL. No sea usted estúpido. (Se le tira.)

ENR. Muchas gracias.

AMEL. Ahora póngase usted ese guante.

ENR. Para qué?

AMEL. Póngasele usted.

ENR. Bueno, mujer, más paciente!... Y huele bien.

AMEL. Silencio!

ENR. Ya he callado... (Sigue oliendo.) Pues hija, no te puedo complacer, porque no me caben.

AMEL. Hola! Luego no son de usted?

ENR. Vaya una embajada! Claro que no.

AMEL. Y de quién son?

ENR. Eso es lo que yo pregunto.

AMEL. No, señor; lo pregunto yo.

ENR. Bueno, lo preguntaremos los dos, si quieres; pero entónces, quién nos va á contestar?

AMEL. Estos guantes son de mujer.

ENR. O de hombre que tenga la mano pequeña.

AMEL. Cuente usted, doce botones.

ENR. Efectivamente... digo no, no; doce ojales, los botones no son más que diez, se conoce que se han caido dos.

AMEL. Ya no me cabe duda de que usted me engaña...

ENR. Por qué? Porque se le han caido dos botones á este guante?

AMEL. Usted abusa de mi debilidad.

ENR. Adelante.

AMEL. Usted se aprovecha de que aún no está establecido el divorcio en España.

ENR. Ay!

AMEL. Para cubrir de vergüenza á su esposa... Y esto no puede continuar así...

ENR. Mira, pues por mí, que no continúe...

AMEL. No continuará.

ENR. Me alegro muchísimo.

AMEL. Creo que me amenaza usted.

ENR. Crea usted lo que guste.

AMEL. Sí? Pues adios: me voy á casa de mi madre, de mi buena madre, de mi anciana madre.

ENR. Buen viaje!

AMEL. Y me quedaré allí.

ENR. Tanto mejor!

AMEL. Toda mi vida.

ENR. Mil gracias!

AMEL. Por qué me casé yo con usted?

ENR. Porque no tuviste otro novio mejor ni tan bueno.

AMEL. Pues yo no fuí á enamorarle.

ENR. No.

AMEL. Ni le escribí á usted la primera.

ENR. No.

AMEL. Ni le dí á usted el primer abrazo.

ENR. No.

AMEL. Ni pedí su mano.

ENR. No, no y no.

AMEL. Y ahora me marcho.

ENR. No...
AMEL. Como usted quiera.
ENR. Es decir, sí; váyase usted cuando guste.
AMEL. Me arroja usted de su casa?
ENR. No... sí... no... sí ..
AMEL. Pues me iré á la de mi madre.
ENR. Ya me lo ha dicho usted dos veces.
AMEL. A la de mi buena madre.
ENR. Tres.
AMEL. Y no crea usted que va á volver á verme.
ENR. Mejor que mejor.
AMEL. Sí? Pues hasta nunca... Me voy... (Y me deja marchar!) Que me voy... que me marcho... Dios mío!

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Vete, bendita de Dios! Ay, qué mujer! Creí que me volvía loco... (Remedándola.) Voy á casa de mi madre, de mi buena madre... de mi anciana madre... Lo dice con tal énfasis, que no parece sino que ella es la única que tiene madre en el mundo... Yo también la tengo... y me callo... Y tengo abuela, que es más, y no digo una palabra. Y tengo padre y hermanos, y no me doy tono... La verdad es que yo nunca habría arrojado á mi mujer de mi casa; pero, queriéndola y todo, estaba resuelto á no correr tras ella cuando se fuese... No faltaba más! Todas las mañanas el ataque nervioso y todos los meses una vajilla nueva! Y que, por fas ó por nefas, siempre se rompía algun plato en mi cabeza... Toma, que estuve por comprarme un casco para andar por casa... (Se sienta.) Y véngase usted con esas á un hombre que ha perdido sus ilusiones, porque yo he perdido todas ó casi todas mis ilusiones. Adoro los niños; llevo siete años de matrimonio, y sin novedad... Mi madre tiene dieciseis hijos: yo soy el doceavo,

número dos; número dos, porque el día que vine al mundo no se esperaba más que á un indivíduo en mi casa, y llegamos un par: el número uno, y yo, el número dos... Todos mis hermanos tienen tambien numerosa prole, y yo, que desearía uno ó dos hijos, siempre que no vinieran juntos, nada... Y lo que ocurre: cuando visito á cualquiera de mis parientes, siempre la misma cançión: Qué tal? Qué tal? Hay esperanzas?... Y yo tengo que contestar, mirando á mi mujer que se pone como un tomate: No, todavía no... Y todos se echan á reir y nos acosan con la preguntita de ordenanza: «Pero, qué es lo que haceis?...» ¿Qué es lo que hacemos? Caracoles! Qué les importa á ellos?... Pero, gracias á Dios, por lo ménos ahora nos dejarán en paz, y nadie me preguntará por qué no tengo hijos, porque todo el mundo sabrá que no tengo mujer... Voy á descansar con la conciencia tranquila, es decir, casi tranquila, nada más que casi... Lo cierto es que si el diablejo de Clementina no me hubiera sorprendido escribiendo, de seguro no me sucedería nada de esto... En fin, por fortuna, aquella debilidad ya pasó... Conque, carguemos con la maletilla y á la cama... Pero, qué papel es éste? Una carta sin sobreescrito... No debe ser para mí. (La abre.) Y parece que está en verso! Ahora sí que aseguro que no es para mí. (Lee.

«Vela esos dos luceros
que me trastornan,
que si me miras, pongo
cara de idiota.»

No, cara de idiota la debe de tener el que ha escrito esto, que le miren que no... (Lee.)

«Recibe, hermosa niña,
mis juramentos,
puesta tu blanca mano
sobre mi pecho.»

Cáspita! Pues apenas tiene pretensiones el mozo! Que le pongan sobre el pecho la mano!

Yo sí que voy á ponerle la mía sobre el rostro... Pero, quién será este poetastro? De lo que no me cabe duda es de que los versos, si es que lo son, que del todo no me lo parecen, están dedicados á Amelia! Quién sinó los hubiera traido aquí?... Hola! Conque me prepara usted escenas de celos, fingiendo encontrar en mi levita guantes de doce botones, y entretanto recibe usted versitos de esta clase? Y luego se hace la víctima! Y se va á casa de su madre, de su buena madre!... Ah! Si la cogiese aquí! Si tuviera la dicha de verla entrar por esa puerta! Dios mío, haz que vuelva mi mujer, aunque solo sea un minuto, que ese me bastará para confundirla!... (Aparece Amelia.) Ella! (Cae sobre un sillón.)

ESCENA VIII.

AMELIA.—ENRIQUE.

AMEL. Estabas seguro de que volvería pronto, verdad?
ENR. Usted, señora?
AMEL. Sí, yo, yo.
ENR. Usted, señora!
AMEL. No me estás viendo?
ENR. Usted, señora?
AMEL. Todavía?
ENR. Pero, no tiene usted miedo?
AMEL. Yo! De qué?
ENR. Van á pasar aquí cosas terribles.
AMEL. Aquí? Pues vámonos en seguida.
ENR. No hay vámonos que valga!
AMEL. Mira, no te hagas el incomodado, porque es inútil,
ENR. Inútil?
AMEL. He visto á mi madre, que como sabes, se ha educado en París.
ENR. Aunque se haya educado en el Congo, á mí qué me importa?
AMEL. Mucho; porque me ha traducido esta carta...
ENR. (Santo Cristo!)

AMEL. Y lo he descubierto todo...

ENR. (Suegra había de ser.)

AMEL. Pero hombre, á qué guardar conmigo tanto secreto?

ENR. Cómo! Te iba á decir á tí?...

AMEL. Naturalmente, no sabes de sobra que tus deseos son los míos?

ENR. Qué dices?

AMEL. Tonto, tonto, más que tonto...

ENR. Creo que sí lo soy, porque no te entiendo una palabra.

AMEL. Basta de disimulo! Te parece que no me gustaría á mí también tener un hijo?

ENR. Te has vuelto loca?

AMEL. Ah! Insistes aún en negar? Pues oye, oye la verdadera traducción de esta carta, tal cual la he recogido de lábios de mi madre.

ENR. (El trueno gordo!)

AMEL. (Leyendo.) «Mi querido Titina...» Sé perfectamente quién es Titina...

ENR. Sí? (Vírgen del Cármen!)

AMEL. Ya lo verás luego .. (Lee.) «*J'irai á trois heures cinquante*... Le convendría mucho á mi mujer... *Cette muit á Ontaneda*... ir á Ontaneda... *Vous offir mon cœur*... Para ver si de ese modo se lograban mis deseos... *Ne m'attends pas*... Te agradezco el consejo... *Couche-toi*... que seguiré... Enrique.» Qué tal?

ENR. (Bendita suegra! No habría hecho más por mí la mejor de las madres.)

AMEL. Titina es Cañizares... Si lo sé todo! Le dais ese apodo sus amigos de juventud.

ENR. Sí, sí, es verdad.

AMEL. Y él te ha advertido que las aguas de Ontaneda son muy buenas para... en fin... para lo que deseas.

ENR. Efectivamante, efectivamente... Hija mía, está visto que no se te puede ocultar nada.

AMEL. Te parecía fácil engañarme, eh?

ENR. Sí. Acabas de probarme que es imposible.

AMEL. Pero, por qué me ocultabas?...

ENR. Porque temí que te disgustase el que mis

amigos interviniesen en estos asuntos... tan íntimos... Vaya, vaya, un abrazo...

AMEL. Y mil.

ENR. (Retrocediendo.) No, espera, no me abraces; sería capaz de ahogarme.

AMEL. Pero hombre, has perdido el juicio?

ENR. Creo que sí... Oye... (Lee.)

Vela esos dos luceros
que me trastornan,
que si me miras, pongo
cara de idiota.

AMEL. Calla, pues sí que es verdad que la pones.

ENR. Yo?

AMEL. Sí, tú; y no me había fijado yo hasta ahora.

ENR. Amelia, dejémonos de tonterías; á quién van dirigidos estos versos?

AMEL. Supongo que á mí.

ENR. Vamos, ya empiezas á confesar. Y quién los ha escrito?

AMEL. Tú!

ENR. Yo? Yo escribir versos! Por quién me toma usted?

AMEL. Dicen que de poetas todos tenemos un poco.

ENR. Pero es que el que ha escrito esto confiesa que tiene cara de idiota.

AMEL. Yo creí que lo decías tú por modestia.

ENR. Acabemos de una vez, quién ha traido estos versos?

AMEL. Yo qué sé.

ENR. Pues ellos solos no han venido!

AMEL. A ver. (Los coje.) Uy, cómo huelen!

ENR. A benjuí.

AMEL. Igual que los guantes que estaban en tu levita!..

ENR. Es cierto... Y la levita huele lo mismo!... Toma. Si no es mía... (Sacando una cartera del bolsillo.) Eduardo Incera .. Mi compañero de fonda... Ya sé lo que fué. . Hicimos juntos los equipajes y cambiamos las levitas. Todo esto es de él... Cartera, guantes y versos...

AMEL. Pues buen disgusto nos ha dado el tal cambio.

ENR. Efectivamente. (La abraza.)

AMEL. Y cuándo salimos para Ontaneda?

ENR. Esta misma noche: no hacemos más que despedirnos de tu madre, á quien quiero dar un abrazo muy fuerte, y al tren...

AMEL. Puede que al cabo y al fin...

ENR. Puede! ..

AMEL. Mira que tendría que ver que despues de siete años de matrimonio!... Pero vamos á almorzar.

ENR. Pero y á estos señores,
no dices nada?

AMEL. Sí, que nos dén, si gustan,
una palmada.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

En tres actos.

LAS DE REGORDETE, juguete cómico en prosa.

En dos actos.

DEL ERROR Á LA MENTIRA, juguete cómico en prosa.
DE INCÓGNITO, (1) id. id.
AMISTAD Á RÉDITO, id. id.
¡EL CAMPO! id. id.

En un acto.

LOS AMIGOS DE BENITO, (2) juguete cómico en prosa.
ENTRE DOS FUEGOS, id. id.
VESTIRSE DE AJENO, id. id.
EL DE ANOCHE, id. id.
REMEDIO HERÓICO, id. id.
ESPECÍFICO MORAL, comedia en verso.
VENCER POR SORPRESA, id. id.
AL MAESTRO CUCHILLADA, id. id.
HERIR EN LO VIVO, id. id.
¡NICOLÁS! comedia en prosa.
CRÍSIS TOTAL, pasillo en verso.
TRES AL SACO, juguete cómico-lírico, música del maestro Taboada.
ANGELES Y SERAFINES, (3) id. id., música del maestro Taboada.
¡POBRE GLORIA! id. id , música del maestro Nieto.
¡AL BAILE! id. id. música del maestro Taboada.

---

(1) Con la colaboración del Sr. Segovia Rocaberti.
(2) Con la colaboración del Sr. Sánchez Ramón.
(3) Con la colaboración del Sr. Prieto.

3 0112 115878818

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA, *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.